

## A los Lectores

**P**IDA en todos los puntos de  
venta de España y a todos  
los Corresponsales, los números  
que le falten para tener comple-  
tas las colecciones de las publi-  
caciones de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

## A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los  
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal  
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos  
Valiosos premios

Pida  
detalles  
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA  
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 289

25 Cts.



**LA MUJER  
CODICIADA**

POR  
GABRIEL GABRIO,  
ÈVE FRANCIS, &

**FilmoTeca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 289

---

## LA MUJER CODICIADA

Drama adaptado por Germaine Dulac, de la famosa obra teatral *Antonieta Sabrier* de ROMAIN COOLUS.

Dirección artística de **LOUIS NALPAS**

Magistral interpretación de los célebres artistas.  
**Gabriel Gabrio, Eve Francis, Jean Toulout,  
Paul Guidé, P. Menant, etc.**

Producción de **LES FILMS DE FRANCE**  
(SOCIÉTÉ DES CINÉROMANS)

Programa especial **GAUMONT**

Paseo de Gracia, 66 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
**BLANCHE SWEET**



## LA MUJER CODICIADA

---

### Argumento de la película

---

En alegre surtidor, cantando su canción de oro, o impregnando la arena escondida en el seno de la tierra, lentamente extraído, el aceite mineral se convierte en petróleo, y es el motor que en las grandes ciudades mueve ejércitos de hombres de negocios y poderosos establecimientos bancarios.

Germán Sabrier era el director de una importante Banca de valores petrolíferos. Hombre de lucha y de acción, atleta del cerebro, su estadio era ese campo febril de los negocios, donde las marionetas humanas tienen movilidad de vértigo.

La única razón de la labor incesante del potente hombre de negocios, era Florencia, su esposa, flor mundana que necesitaba vivir encerrada en la preciosa urna de la frivolidad.

Una importante empresa era entonces el centro de los esfuerzos de Sabrier: las explotaciones petrolíferas de la Huescar, en las que había comprometido los capitales de la Banca.

Alejada del ruido del mundo, en su mansión suntuosa como la morada de un sultán transplantada a los alrededores de París, Florencia vivía una existencia apacible, quizás un poco acibarada por la sombra del tedio.

Eran sus contrincantes en sus partidas de "mah-jong" o de "bridge", un antiguo amigo de la casa; Gastón Dorel, enamorado en silencio de Florencia, pero que había tenido la nobleza de alma de convertir en amistad sincera el sentimiento culpable; y Elena, su hermana para quien él había hecho las veces de padre.

Terminada su dura jornada de hombre de negocios, Germán Sabrier volvía a su casa; pero no a descansar, sino a seguir rimando el intermianble poema de los números.

Y Florencia, en cuya soledad invariable abría un paréntesis la llegada del esposo, intentaba prolongarlo solicitando la atención de su esposo con cariñosas caricias. Y Sabrier, absorto en la obsesión de sus negocios, tenía una rápida aunque tierna opresión para la mano de su esposa que volvía a retirarse desalentada y solitaria.

En las largas horas de soledad, Florencia, que nada deseaba, que hasta sus más insigni-



...Florencia, su esposa, flor mundana...

ficantes caprichos veía satisfechos, dejaba volar por el espacio infinito de la ilusión, los pájaros locos de su fantasía. Y las páginas de los libros, llenas de redacciones y de suge-

rencias, abrían a su imaginación mágicos horizontes de doradas quimeras.

Un día, Carlos Chartrin, director de la explotación de la Huescar, se dirigía a París con el propósito de rendir cuentas a Sabrier; pero esto no era para él lo más interesante, sino poder respirar por unos días el ambiente galante de la Ciudad Luz.

En la estación esperaba a Chartrin, Alfredo Tamagne, administrador de la Banca Sabrier; hombre ambicioso y sin escrúpulos de conciencia, que conocía la debilidad del director de la explotación y pensaba valerse de ella para sus fines.

Y aquella noche, para convertir a Chartrin en su cómplice, utilizó Tamagne el canto de las sirenas de París.

Y entre una copas de champán y las sonrisas de las bailarinas bajo el turbión del confetti, supo Tamagne por las explicaciones que le dió Chartrin dibujándolas en un ángulo de una revista galante, que en un terreno contiguo a las concesiones de la Huescar, donde se habían practicado sondeos, se había descubierto una interrupción que desviaba la línea impregnada de petróleo, alrededor de cien metros más abajo de los niveles reconocidos; la explotación de Sabrier, con aquel obstáculo imprevisto, iba, pues, a trocar su éxito en fracaso.

El chubasco de confetti se hacía cada vez más denso. Volaban las ondulaciones ágiles de las serpentinatas y el "jazz-band" ponía un

espasmo de locura en la dorada orgía del "cabaret".

—¿De modo que Sabrier no quiso adquirir esos terrenos creyéndolos improductivos? — preguntó Tamagne, sonriendo malignamente.

—Eso mismo. Fué una equivocación que no podía prevenirse.

—Lo mejor es que usted no diga nada a Sabrier de este asunto. Yo voy a comprar la concesión por mi cuenta y le interesaré a usted en el negocio.

Y Chartrin, seducido por la noche de París y por la bacanal que se ofrecía a sus ojos brindándole sus placeres, aceptó. El chaparrón de confetti continuó cayendo.

.....

Era el aniversario de la boda de Sabrier, y en su magnífica mansión desbordaba el esplendor de una fiesta fantástica que había reunido al gran mundo de París.

Desde hacía algún tiempo, Alfredo Tamagne perseguía a Florencia con sus asiduidades, sin recibir en cambio más que una mueca de desdén disimulada por una sonrisa de exquisita urbanidad.

En aquel momento se acercaba Gastón Dorel a Sabrier y le decía al oído:

—He sabido que deseas alejar a Tamagne de tus negocios, y he traído un buen amigo mío que lo sustituya. Es hombre de sólida fortuna...

El aludido por Gastón, era Renato Dangen, a quien negocios lejanos habían mantenido

apartado de los medios mundanos. Apasionado y caballeroso, sus millones no habían podido ahogar en su lama una simpática tendencia al romanticismo. Bajo su celada de guerrero medieval, Renato traía una sonrisa y una mirada como un fulgor de lealtad.



—Lo mejor es que usted no diga nada a Sabrier de este asunto.

Acercóse Gastón al oído de Sabrier y preguntó:

—¿Tu negocio de la Huescar, es seguro? Germán sonrió, dió unas palmadas afectuosas a Dorel y repuso, confiado:

—Tan seguro, que en él he empleado toda mi fortuna.

De súbito su fisonomía adquirió una firme gravedad soñadora y murmuró:

—Además, tú sabes que mi mayor deseo es mantener a Florencia en medio del lujo que ahora la rodea. Comprenderás que no iba a arriesgarme en empresas dudosas...

Entretanto, Florencia, atendiendo la invitación de Tamagne, descendía con éste a una de las tiendas de seda que habían sido levantadas en los jardines. El administrador ofreció una bebida a Florencia y mientras ésta bebía, con un movimiento rápido y audaz, la besó en el cuello.

Florencia se levantó airada y exclamó:

—¡Es usted un miserable, señor Tamagne!

Este se arrellanó en su poltrona y preguntó sonriendo cínicamente:

—¿Cambiaría usted de pensamiento si yo le dijese que puedo arruinar a su marido cuando se me antoje?

—¡Bah! No temo a las amenazas. Germán es fuerte y no se dejará vencer.

Y Florencia se dispuso a salir.

Tamagne se levantó resuelto y terrible:

—Mañana por la noche la espero en mi casa. No falte si quiere evitar lo irreparable.

La esposa de Sabrier dirigió una última mirada de desprecio al miserable y marchó rápidamente a reunirse con sus invitados.

En los salones del palacio de Sabrier, la fiesta estaba en su más brillante apogeo. Gas-

tón cogió del brazo a Renato Dangen que se disponía a bailar con Elena, diciéndole:

—Dispénsame que te quite la pareja, Elena. Sólo es por unos instantes.

Gastón se llevó a un despacho a su amigo y le propuso su unión con Sabrier. Pero Renato rehusó.

—Lo siento de veras, querido Dorel, pero no quiero intervenir en ningún negocio. He venido aquí a descansar.

Salieron. Elena se apoderó de nuevo del joven y Dorel fué a dar cuenta a Germán Sabrier del fracaso de su gestión.

—Dangen está cansado de negocios y no quiere interesarse por ninguno más...

—¡Es lástima! — exclamó Sabrier—. ¡Con qué gusto hubiera prescindido de Tamagne, en el que adivino un enemigo!...

Mientras tanto, Elena decía a la esposa de Sabrier, apretando la celada del casco de Renato:

—Florencia, te presento a Renato Dangen, mi prometido...

Y dicho esto, quitóle el embozo al caballero. Y apareció ante los ojos de la esposa del gran industrial, un rostro pálido y suave, que sonreía dulcemente, serenamente.

Bailaron. Y Florencia sintió por primera vez en su vida un sentimiento extraño que la hacía desfallecer en los brazos de aquel hombre.

Al día siguiente de la fiesta, en casa de Gastón Dorel, olvidados del mundo, Elena y Re-

nato — la primavera y el otoño de la juventud — devanaban la suave madeja del amor honrado, del amor que tiene por epílogo el matrimonio.

Florencia llegó, y tomando las manos de Gastón, manifestóle:

—Vengo a pedirte consejo, amigo mío; Tamagne me amenaza con arruinar a Germán si continúo desdiciendo sus atenciones.

Y en seguida relató a Gastón la violenta entrevista de la víspera.

A la hora de la cita, Florencia se presentó en casa del pérfido colaborador de su esposo, que ya vió suya la victoria. Pero detrás de Florencia apareció una alegre bandada de invitados que venían cargados de botellas.

Florencia murmuró a Tamagne con una sonrisa llena de ironía:

—Dispéñeme que me haya tomado la libertad de traer algunos amigos... ¿Hubiera preferido usted esperarme en vano?

Tamagne se mordió rabiosamente los labios y exclamó reconcentradamente:

—¡Quizás no tardará usted mucho en lamentar esta burla, Florencia!...

—¿Por qué lo toma usted así? La amistad es una cosa tan agradable... Haga usted como Gastón...

—De modo que esto equivale a una rotunda negativa, ¿no es eso?

Florencia evadió la respuesta, alejándose.

Fatigada, abandonóse en una otomana entregándose a sus pensamientos.

Pero Renato Dangen se aproximaba. Sentóse a su lado y puso su mano sobre la de Florencia.

—Perdone usted mi atrevimiento, señora —



*...apareció una alegre bandada de invitados que venían cargados de botellas.*

dijo conmovido el joven—, pero desearía que hubiese entre nosotros una leal amistad...

Y Florencia, junto a aquel hombre respetuoso y devoto, sintió otra vez aquella misteriosa turbación que la había llenado de dicha en el baile.

Tres meses después, la venganza de Alfredo Tamagne tocaba a su fin. Habiendo adquirido por su cuenta los terrenos hacia los cuales se desviaba el yacimiento petrolífero de las explotaciones de la Huescar, la gran empresa de Sabrier quedaba completamente desvalorizada.

Y Florencia, ajena por completo a la telaraña que envolvía su vida, se abandonaba a la amistad de Renato, que poco a poco, sin que ni ellos mismos se diesen cuenta, se iba convirtiendo en un sentimiento más dulce.

Entretanto, Sabrier, alarmado por los rumores que circulaban, se había decidido a partir para la Huescar. Y en la casa vacía, la ausencia de la esposa acentuaba la tristeza de la partida.

Germán se asomó al balcón que se adelantaba a los soberbios parques de su quinta, y por la avenida divisó a su esposa que llegaba acompañada de Renato.

Germán se inquietó. Bajó precipitadamente y recibiendo a Florencia preguntóle:

—¿Ves muy a menudo a ese caballero?

El amor de aquel hombre de hierro por su mujer era un amor sencillo, primitivo, intolerante, sobre el que pasaba frecuentemente la sombra atormentada de los celos.

Florencia se quedó sorprendida ante la repentina partida de su marido, y en lugar de contestarle, pidió:

—¿Dónde vas, Germán?

—Nada importante... Un viaje de negocios que durará unos cuantos días.



*...era un amor sencillo, primitivo, sobre el que pesaba frecuentemente la sombra de los celos.*

Luego, antes de penetrar en el automóvil, imploró con humildad y anhelo de niño:



—Florencia... te suplico que durante mi ausencia no recibas al señor Dangen.

Después de la partida de Sabrier, Renato volvió, y Florencia no supo, no pudo negarse a verle. Y aquel día, solos en la casa desierta, sus corazones tanto tiempo amordazados estallaron de pasión, una pasión que contenía el muro del deber.

—Yo la amo, Florencia — decía Renato ardentemente—, y en sus ojos veo que mi amor encuentra eco en su corazón... ¿Por qué se empeña usted en hacer de la dicha un sufrimiento? Sería tan hermoso poder vivir juntos los dos, lejos de aquí... lejos de todo...

—¡Oh, déjeme, Renato, déjeme!... Es verdad; sus palabras despiertan ecos dulces en mi corazón... ¡Pero yo no soy de las mujeres que traicionan!

Renato la abrazó apasionadamente, buscando con ansia sus labios.

—¡No, no...! — suplicaba Florencia, desasiéndose—. Cuando regrese Germán le hablaré lealmente, se lo diré todo y le pediré mi libertad.

Mientras tanto, Sabrier había llegado a la Huescar y se enteraba del terrible "crak" por boca del director de las explotaciones.

—Era imposible prever esta interrupción, señor — argumentaba aquél.

—Pero, usted, ¿para qué está aquí? ¿Por qué no me avisó antes de que se realizase esta venta? Vamos, Chartrin, hábleme usted con franqueza... ¿Quién es el comprador?

El director sacó una ficha entregándola a Sabrier, que leyó: *Banca Davis. Leicester Square. Londres.*

—Bien — dijo Sabrier, enérgicamente—, puesto que ahora la producción se reduce con-



—¡Oh, déjeme, Renato, déjeme!... Es verdad: sus palabras despiertan ecos dulces...

siderablemente, hay que hacer economías inmediatas, Chartrin...

Germán regresó inmediatamente a París, donde un telegrama de Londres le reveló al verdadero comprador de las concesiones im-

pregnadas: *Resultado investigación Robertson. Banca Davis compró, según se dice, por cuenta Tamagne.*

Y aquella noche, cuando Sabrier proyectaba ante su despacho la campaña de contraofensiva que debía emprender en aquella gravísima situación, Florencia balbució:

—Germán... tengo algo que decirte...

Sabrier apoyó dulcemente la cabeza en el hombro de su esposa y levantando sus ojos llenos de adoración hacia ella, suspiró:

—Habla, Florencia, háblame; te esucho...

Pero la actitud rendida y dócil del hombre de hierro desarmó a Florencia y ahogó la confesión en sus labios...

Sabrier sabía ya que Alfredo Tamagne estaba en Londres, y le faltó tiempo para ir en su busca.

Y Florencia escribía a Renato:

*Ayer pude decirlo todo, pero me faltó valor; yo no sabía que fuese tan difícil decir la verdad...*

Pero ante la noble esposa del industrial, se abrían los largos caminos del mundo, como una tentación irresistible, en las instancias de Renato, que le enviaba un último billete:

*Realicemos nuestro sueño, Florencia; tenemos derecho a ser felices. Pasado mañana, a las siete, yo la esperaré junto al estanque de su parque y a las ocho tomaremos el tren para el Havre...*

Y los pasajes temblaban en la mano de Florencia como talismanes de felicidad.

Mientras tanto, en la casa que Tamagne tenía en Londres, irrumpía Sabrier violentamente, exigiendo una explicación al aventurero.

—¿Fué tal vez para ayudarme en mi negocio por lo que usted adquirió, a espaldas mías, los terrenos petrolíferos contiguos a la Huescar?

—La cólera le hace perder su buen sentido habitual, querido Sabrier—. ¿No soy yo dueño de hacer lo que me plazca? — contestó Tamagne, cínicamente.

—¿Cuánto quiere usted por esta concesión? — pidió resueltamente Sabrier.

—¿Con qué dinero me pagaría usted? Sus terrenos, con la producción restringida, apenas representan su valor; los fondos de la banca están comprometidos totalmente en la explotación; sus bienes personales están hipotecados por atender a los gastos del negocio... Repito mi pregunta: ¿con qué dinero me pagaría usted?

Sabrier, ante la actitud irónica y desvergonzada de Tamagne y ante la extensión de su impotencia, intentó saltar al cuello de aquella venenosa serpiente y estrangularla. Pero el cobarde Tamagne se apresuró a llamar al criado para que acompañara a Sabrier a la puerta.

Un sentimiento de lealtad impulsó a Florencia a comunicar a Gastón su resolución de partir con Dangen, y aquella confidencia creó dos dolores: el de Dorel, que sintió la dentellada

cruel de los celos y de la indignación, y el de su hermana Elena que veía derrumbarse las ilusiones de su juventud con el inesperado amor de su amado por la mujer de Sabrier.

—¿Y su marido? — preguntó severamente Gastón.

—¡Oh, mi marido!... Yo significo tan poco en su vida... Su Banca, sus negocios le consolarán pronto.

En la carta en que Florencia se despedía de Sabrier había estas palabras:

*Querido Germán: Perdóname el pesar que voy a causarte, pero no me acuses de traición. He encontrado a tu lado un afecto sincero, pero sin ternura, sin amor. Y es el amor lo que voy a buscar al partir con el hombre que se ha cruzado en mi camino. Te agradeceré que actives las gestiones para el divorcio...*

Florencia insistió para que Gastón accediese a transmitir la carta cruel a Sabrier:

—Mañana estará él aquí... Tú, que eres tan bueno, se la entregarás...

Gastón se rebeló desasiéndose de las manos suplicantes de Florencia:

—¿Y me pides eso a mí, a mí, que sabes que te he amado siempre con un amor lleno de silencios y de respetos?

Florencia se retiró por fin. Y al salir ella, quedaban en la casa de Gastón dos tristezas inmensas: la de la novia desengañada y la del enamorado sin esperanzas.

Al salir de Inglaterra, más pronto de lo que había pensado, Germán se sentía vencido. Veía toda su ruina implacable y aplastante destru-



—¿Y me pides eso a mí, a mí, que sabes que te he amado siempre...?

yendo su casa, despojando de su precioso estuche a Florencia, aquel estuche que él había fabricado con su esfuerzo, para guardarla en

él como un diamante... Veía derrumbada su honorabilidad y degradado su nombre... Quiso regresar inmediatamente al lado de Florencia, el objeto de sus luchas, la bandera de sus combates, confiando fervorosamente en encontrar cerca de ella sus ánimos de soldado de la vida.

Y en aquellos instantes, esperando la hora de su huida con Renato, Florencia se complacía en representarse el regreso de su marido a la casa vacía... Le veía llamarla, buscarla a través del palacio y encontrar únicamente aquella carta fatal. Sabrier sufría, lloraba sobre el hombro del fiel Gastón, pero una llamada del teléfono ocupaba entonces toda su atención; un negocio urgente. Y Sabrier, afechado al auricular, dictando cifras de su cartera, olvidaba su dolor para consagrarse a su vida comercial que era toda su existencia. ¡Así era su marido!...

Renato, mientras tanto, había llegado al punto convenido para reunirse con Florencia. Había alcanzado la meta de sus aspiraciones: aquella mujer adorada iba por fin, dentro de unos minutos, a ser suya...

Florencia abandonó sus pensamientos y se dispuso a ir al encuentro de su amado. Pero en la puerta acababa de aparecer la recia figura de Sabrier, cuyos ojos brillaban de tristeza y de fiebre.

—Florencia — pronunció con voz desfallecida —, la partida que he jugado por ti... ¡estoy a punto de perderla!...

Florencia le sacudió atónita, murmurando: —¡Estamos arruinados!

Aquello era lo inesperado que entraba de pronto en la vida de Florencia desbaratando sus proyectos. Y ya no supo qué hacer ante el Destino: abajo, la esperaban los brazos de un hombre loco de ilusión y de amor; arriba, la necesitaba el dolor de otro hombre vencido y fervoroso.

—¡Es ese canalla de Tamagne, quien me arruina! — rugió Germán apretando los puños.

Luego suspiró apoyándose en el pecho de su esposa:

—¡Ah, si yo no te tuviera a ti!...

Penetró Gastón Dorel, cuya mano leal estrechó Sabrier fuertemente.

—¡Valor! ¡Un Sabrier no se deja vencer tan fácilmente!

—¡Son seis millones, amigo Dorel, que necesito justificar de aquí a mañana!

Florencia se consumía. La conversación de los dos hombres le permitió escaparse y correr al encuentro de Renato para declararle su renunciación.

Renato, creyéndola suya, la recibió en sus brazos, exclamando:

—¡Usted al fin, Florencia!...

—¡Oh, no, Renato! Perdóneme, pero no puedo seguirle... Partir en estos momentos, cuando mi marido es desgraciado, sería una cobardía.

Renato se inclinó respetuosamente y dijo:

—¡Adiós, Florencia!... No volveré a molestarla nunca más.

Pero ella retuvo su mano. Y cerró, rendida, los ojos bajo la mirada del hombre adorado. Se besaron bajo la noche, locamente, extraviadamente, saboreando en aquel momento toda la dulzor y toda la amargura del encuentro y de la despedida, del primero y del último beso.

Cuando Florencia subió de nuevo a sus habitaciones, el sacrificio había puesto una aureola divina en su corazón.

A la mañana siguiente, Sabrier veía derrumbarse al soplo de la Fatalidad, los dos castillos de naipes que había edificado con trozos de su cerebro y de su corazón: su fortuna, su amor...

El rumor de una bancarota inminente se había esparcido por la ciudad, provocando el pánico enloquecido del público, que acudía a aglomerarse a las ventanillas del Banco reclamando la devolución de sus intereses.

Y entretanto, Sabrier recibía un documento precioso, una información que, según sus órdenes, le transmitía una importante agencia de investigaciones comerciales:

*Hemos hecho una minuciosa investigación en la Huescar, gracias a la cual podemos confirmarle que existe una estrecha alianza entre su director el señor Chartrin y el señor Tamagne, verdadero propietario de las nuevas concesiones vecinas a la suya.*

A aquella hora, los miembros del Consejo de Administración de la Banca Sabrier se reunían en el despacho de Tamagne.



—...¡Perdóneme, pero no puedo seguirle!...

—Tal vez a última hora, Sabrier encontrará el dinero — insinuó uno de los miembros.

Tamagne dió un puñetazo encima de la mesa.

—¡No lo encontrará! ¡Y nuestro deber es ir ahora mismo a exigirle cuentas estrechas!

Y mientras tanto, Gastón Dorel penetraba en el despacho de Sabrier, gritando victoriosamente:

—¡Ya he encontrado el dinero que necesitas!

—¿Qué dices?

—Sí. Dangen es quien lo facilita... Ha venido conmigo...

La frente de Sabrier se oscureció:

—Ultimamente, cuando mis negocios eran prósperos, Dangen rehusó intervenir en ellos, y ahora que me encuentro desbancado y vendido me ofrece su ayuda...

Luego exclamó sonriendo despechadamente:

—¡Ahora lo comprendo todo!... ¡Está enamorado de Florencia y es su amor por mi mujer lo que le impulsa a sacrificarse!...

—Pero, mi querido Sabrier, tú estás terriblemente equivocado. Comprende que es el momento de aceptar la salvación que tan desinteresada como noblemente te presta Dangen. Tu bancarrota es inmediata...

—¡Basta!... ¡Yo sé lo que sé y jamás aceptaré la ayuda de ese hombre!

Una lucha atroz empezó a atormentar a Germán. Las sospechas más crueles invadían su imaginación como una pesadilla. Y abajo, en las oficinas, el público que vociferaba impaciente y empavorecido.

—¡Y si fuese verdad lo que sospecho?... ¡Si

yo tuviera la prueba de esa traición!... — murmuró Sabrier.

Gastón se le acercó y exclamó gravemente:

—Germán, te juro que Florencia no ha faltado a sus deberes.

El secretario de Sabrier entró tímidamente.

—¡Váyase usted! — rugió éste.

—¡Es que el público se desespera, señor!

Sabrier apoyó la fatigada cabeza en el respaldo de la silla y dijo:

—¡En la horrible duda en que estoy, si tú supieses qué poco me importa la ruina!...

—¡Pero si es precisamente la virtud de Florencia la causa de tu ruina! Quiero que sepas que Tamagne la perseguía...

—¡Tamagne!...

Sabrier sintió que una ola de odio le ahogaba.

—¡A ese miserable, lo mato!

Y cogiendo precipitadamente su pistola, intentó correr al encuentro del malvado.

Gastón le detuvo. Y entonces Sabrier le tendió febrilmente las informaciones de la Huescar que había recibido poco antes, y en cuyo dorso Gastón leyó:

*Hemos podido saber también que dos veces por mes, como precio de su complicidad, Chartrin recibe de Tamagne cheques importantes.*

Gastón devolvióle a Sabrier el documento y observó:

—Con esta prueba de que Tamagne, administrador de la Banca, trabaja contra los intereses de los accionistas, tú tienes una réplica fácil a sus ataques.

Pero Germán, desalentado, permanecía indiferente a todo lo que no se refiriese a la duda que le atenazaba el corazón.

—¿Qué, todavía no estás convencido de los sentimientos de Florencia? — interrogó Gastón—. Pues bien. Vas a saber más, todavía... Yo pretendí también a tu mujer, y con hartito dolor te lo digo: fué en vano.

Sabrier se levantó furioso y agarró a Gastón por la garganta.

—¡Tú también, tú también, hasta tú! — bramaba la cólera del desgraciado.

Cuando consiguió serenarse un poco advirtió a un empleado que cuando llegase la señora Sabrier la introdujese inmediatamente.

Entonces Gastón fué a buscar a Renato Dangen que esperaba fuera.

Noblemente el joven se presentó ante Sabrier diciendo:

—Vengo a poner mi fortuna a su disposición. Los terrenos de la explotación son para mí, garantía suficiente.

Sabrier callaba. Renato sacó su talonario y extendió un cheque por seis millones a orden de Germán Sabrier.

—Antes — pronunció éste sobriamente—, deme usted su palabra de honor de que puedo aceptar ese dinero sin menoscabo de mi dignidad...

Renato le miró serenamente y se dispuso a firmar sin responder.

—¡Deténgase usted! ¡No he aceptado aún! — gritó Sabrier.

Acababa de llegar Florencia. Y una larga y profunda mirada fué el mudo saludo de los dos enamorados.

Sabrier se levantó:

—Vas a contestar a mi pregunta, Florencia: ¿puedo aceptar sin desdoro el dinero que me ofrece el señor Dangen?

Florencia miró a su esposo con altiva dignidad.

—Compréndeme bien, Florencia... es algo muy grave lo que se trata aquí; es el honor de un hombre... ¿Tú me juras que puedo aceptar?

Florencia, encerrada en un desdeñoso mutismo, no contestaba.

—Florencia — insistió Sabrier—, al firmar, me juego una vida de honradez, de dignidad... Todavía estás a tiempo de hablar...

Ante la actitud de Florencia y los apremios de Renato y Gastón, Sabrier tomó la pluma para estampar su firma al pie del contrato del préstamo de Dangen.

Florencia gritó:

—¡Un momento!

Y aquel grito fué para Sabrier como la revelación de la culpa de su esposa. Abalanzóse a ella y sollozó convulsivamente zarandeándola violentamente:

—¡Ah, infame! ¡Ya sabía yo que mentías!

—No, Germán, no. ¡Te equivocas; te juro que te equivocas!...

La soltó. Pero rugió, exaltado por el desespero:

—¡Salgan todos! ¡Salgan o no respondo de mí!

Llamaron. El Consejo de Administración requería su presencia.

—Soy con ustedes, señores — dijo Sabrier.

Aquel hombre de hierro se encontraba en una de las más terribles épocas de su vida. En aquellos momentos, su nombre, su posición social y su felicidad dependían de una palabra de Florencia, una palabra cuya veracidad se negaban a admitir su orgullo y sus celos.

—¡No es tu compasión lo que quiero, Florencia!... — dijo por fin.

—¡Germán, te juro por lo que haya de más sagrado, que soy digna de tu estimación.

—Pues bien. Si es verdad lo que dices, vamos a terminar esta situación con toda lealtad. Elige: él o yo.

Florencia contempló a aquellos dos hombres cuyos corazones pendían de sus labios. Huyó de la quimera apasionada de los ojos de Renato que imploraban la piedad de los suyos, y vio la resignada adoración de la esperanza de Sabrier, que aguardaba su sentencia de labios de la mujer que era la única razón de su existencia. Era su marido. ¿No se debía a él? Y se abrazó a su cuello. Había elegido.

Sabrier se hundía en su felicidad como en un baño refrigerante.

Renato sentía rota la idusión de su vida.

Nuevamente, el Consejo de Administración de la Banca reclamó la presencia de Sabrier.

—Soy con ustedes al momento, señores — dijo éste.

Ante el dolor de Renato, el dolor viejo de Gastón tenía un melancólico recrudescer y encontraba una reciprocidad de consuelo.

—Dangen — murmuró—, no se puede edificar la dicha sobre los cimientos de una catástrofe.

Germán, con Florencia a su lado, se sentía renacer. Era otra vez el hombre de hierro dispuesto a la lucha, tanto más alegre cuantos más obstáculos veíase obligado a vencer.

Dangen se acercó y dijo saludando:

—Señor Sabrier, le reitero mi ofrecimiento...

—Gracias, señor. Estando seguro del amor de Florencia, no necesito la ayuda de nadie.

Dangen se inclinó. Besó la mano de Florencia y dijo:

—Adiós, señora. Mañana saldré de París y dentro de algunos días, de Europa...

Gastón Dorel se retiró para acompañar a su amigo.

—Florencia, dime que no sientes que se vaya...

—No...

Pero la sonrisa de la abnegada mujer era una herida que se abría sobre su corazón.

—Perdóname por haber dudado de ti... Fué una mala pesadilla que afortunadamente ha



pasado para no volver. ¡Ahora me siento más fuerte que nunca! ¡A luchar! — exclamó arreglando el desorden de su traje.

Se presentó a la asamblea del Consejo de Administración, confiado y risueño.

—Señores, estoy dispuesto a escucharles...

El Presidente dijo:

—Señor Sabrier, usted indebidamente, ha comprometido en el negocio de la Huescar los capitales confiados a la Banca. Es imposible reembolsar a los cuentacorrentistas, y por lo tanto, nos vemos obligados a someter este asunto a los tribunales.

Sabrier, serenamente, declaró:

—Las alhajas de mi esposa, mis bienes disponibles y los terrenos de la Huescar bastarán para reembolsar las cuentas corrientes. El crédito de la Banca no está en peligro... yo seré el único perjudicado.

—Además — continuó Sabrier observando la fisonomía perversa y contrariada de Tamagne—, no soy yo el que ha puesto en entredicho nuestro crédito; entre nosotros está el verdadero culpable; ¡vedlo!

Y señaló a Tamagne enérgicamente. Este rió con descaro.

—¡Aquí tengo la prueba! — gritó Sabrier, ofreciendo a la asamblea la información sobre la Huescar.

Tamagne estaba lívido. Apenas logró balbucir:

—¡Señores, me parece que yo estaba en mi derecho!...

—¡Pero usted olvida que le nombramos administrador de nuestra Banca para que velase por nuestros intereses!... Tendrá usted que reparar el perjuicio... sino...

Sabrier intervino:

—Permítanme ustedes. Yo tengo que arreglar una cuenta personal con ese sujeto...

Y agarrándolo furiosamente por las solapas, lo meneó como un monigote, mientras gritaba:

—¡Canalla! ¡Lo sé todo! ¡Quería usted arruinarme porque no pudo conseguir de mi esposa más que desprecios!

Luego, empujándolo violentamente, le echó ignominiosamente de la Banca.

Cuando Sabrier volvió, el Consejo le declaró solemnemente:

—Le rogamos que continúe usted en su cargo de director; nosotros le daremos todas las facilidades para arreglar este asunto.

Sabrier entonces ordenó a un secretario:

—Avisé usted al público que se reembolsará hasta el último céntimo.

Aquella noche, en su casa, Germán dijo, acariciando los cabellos de su esposa:

—Con tu amor, con mi entusiasmo, dentro de un año habré rehecho mi fortuna.

Después se hundió, como siempre, en el torbellino de los números, que danzaban su danza infinita sobre el escritorio.

Frente a la ventana que se abría a los cielos, Florencia contempló todavía el pasaje que le trajo Renato aquella vez. Lo rompió y sus pedazos huyeron entre el viento.

Pero en la vida de Florencia quedaría para siempre la nostalgia de las tierras lejanas; en su felicidad habría a todas horas la dulce melancolía de la renunciación...

FIN

**PRÓXIMO NÚMERO:**

## **LA DONCELLITA DEL PALACE**

por **BETTY BALFOUR,**  
**ANDRÉ ROANNE, ETC.**

Postal-fotografía regalo **HARRY LANGDON**

**La Novela Semanal Cinematográfica**

Sale todos los miércoles  
Precio 25 céntimos

**¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!**

**LEA USTED**

## **Z A Z Á**

por **GLORIA SWANSON**

EDICIONES ESPECIALES

de **LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**